

## **02 El capitalismo – deseo y realidad**

*“Y otra vez, como base de la catástrofe, el principio del laissez-faire unido a la fe en la función social y el poder curativo del sistema económico de mercado.” John Kenneth Galbraith*

Los principales dogmas, que intentan legitimar al capitalismo contemporáneo, pueden enumerarse como sigue (Moulian 2003: 51): primero, la convicción de que el derrumbe del socialismo sería un fenómeno tan definitivo como universal ; segundo, la necesidad del capitalismo como única forma posible de desarrollo económico y social duraderos; y tercero, la idea de que los mercados funcionan de acuerdo con las reglas de la competencia absoluta y de que su observancia traería consigo los tan anhelados frutos del auténtico bienestar.

Según Friedrich August von Hayek, uno de los pensadores más citados del liberalismo económico del siglo XX, creer en el mercado es la opción científica absolutamente correcta, “el socialismo”, por el contrario, la totalmente falsa. O sea que, en su opinión, uno está o totalmente bien o totalmente mal posicionado. El socialismo desembocaría, así afirma el sociólogo austríaco rotundamente, de manera inevitable en un sistema estalinista. El mercado, por el contrario, podría satisfacer por completo “a todos”, porque “todos” pueden practicar su libertad de elección (Jenkins 2000: 105-106, 114). El mercado no es concebido por sus seguidores incondicionales como un mecanismo beneficioso para la regulación del intercambio comercial, sino como sentido de vida absolutamente dominante, al que nosotros debemos someternos sin restricciones ni objeciones.

El programa del neoliberalismo, que conquistó al mundo en las últimas décadas persiguiendo la imposición de los postulados de Hayek (y de otros defensores de una economía de mercado “absolutamente libre”), se deja resumir en unos pocos gritos de guerra: desregulación y privatización, Estado mínimo (al servicio del capital), disminución de los gastos sociales del Estado (aparentemente muy altos) y rebaja general de los impuestos, pero que, sin embargo, debe favorecer sobre todo a las clases activas alta y muy alta para que éstas puedan -en teoría- crear nuevos puestos de trabajo gracias a las ganancias empresarias en aumento y el crecimiento económico. Si estos puntos centrales fueran acatados, el interés del capitalista estaría de por sí en coincidencia con el interés nacional común a todos.

John Kenneth Galbraith, economista y diplomático norteamericano, que si bien aprueba básicamente el sistema capitalista, también lo examina con sagacidad, describe el ideal de la conducción de negocios moderna en su libro publicado en 1967 “The New Industrial State” de esta manera: “La gestión empresarial no puede tener como meta desenfrenada el propio enriquecimiento; de una gestión empresarial sana se espera que se imponga moderación.” La mentalidad de autoservicio sería una cosa del pasado. “El poder de decisión va, por cierto, acompañado de la oportunidad de hacer dinero (...) Pero si cada uno se afanara sólo por eso, la empresa sería un cúmulo feroz de codiciosos (...) Las decisiones tomadas en grupo

garantizan además que casi todos sepan de las acciones y hasta conozcan los pensamientos de cada uno de los otros que componen el grupo directivo. Esto conduce a que las reglas de comportamiento y también, –cuestión igualmente importante– un fuerte estándar de honorabilidad personal sean reforzados”.

Hasta aquí, el capitalismo moderno expuesto de manera idealista, tal como quisiera ser o como debería ser. La realidad es muy diferente. Y se expresa con elocuencia. Paul Krugman, norteamericano como Galbraith y Premio Nobel de Economía, que reproduce los dichos de aquel en el New York Times Magazine (20.10.2002), opina en relación a la absoluta confianza de Galbraith de entonces con una chispa de sarcasmo y una pizca de resignación: “Nos hemos convertido en otro país.”

El capital transnacional que gobierna el mundo globalizado, tiene siempre los mismos e idénticos objetivos: expansión de los mercados y control absoluto sobre este proceso, saqueo de los recursos naturales de todo el planeta y explotación de la mano de obra que –sobre todo en los países periféricos– abunda a montones. Las corporaciones se concentran, en primer lugar, en el dominio de la tecnología (y esto significa: especialmente en el sector universitario), en el control de los flujos financieros, de las fuentes energéticas más importantes, de la industria armamentística (y de ésta, sobre todo, de las armas de destrucción masiva), de las comunicaciones y de los medios masivos. Con el respaldo de círculos gubernamentales de aquellos países donde están radicados, y teniendo en cuenta las conclusiones de organismos tan importantes como el Council on Foreign Relations (CFR, fundado en 1921), la Conferencia de Bilderberg, convocada anualmente a partir de la Segunda Guerra Mundial, y la denominada Comisión Trilateral o Tríada, conformada juntamente con representantes del gran capital japonés, trazan la estrategia para el dominio de la economía mundial. El brazo militar de esta organización del poder global es la OTAN con asiento en Bruselas.

El credo oficial del capital transnacional y de sus gobiernos aliados es el comercio libre. Pero la historia ha dado muestras suficientes de que en todo momento se sirven del “proteccionismo más brutal” (Galeano 2004: 47; Rey 2006: 88-91) cuando se trata de defender con uñas y dientes sus posiciones monopólicas en las más diversas ramas del conocimiento, de la producción y del comercio. En todos los aspectos, sectores y etapas decisivas del acontecer económico mundial, el Norte debe dominar a su voluntad el financiamiento, la producción y la comercialización, mientras que el Sur, en el mejor de los casos, puede ocuparse de la reproducción y –tal como Eduardo Galeano expresa en su particular y notable estilo– “así por toda la eternidad”.

El capitalismo de cuño neoliberal tiene ya muy poco en común con el liberalismo al viejo estilo. Al menos aquel buscaba poner coto al abuso de poder de sociedades industriales, comerciales y financieras devenidas en demasiado grandes y poderosas, mediante leyes antimonopólicas. Además aceptaba, en general, a las organizaciones de los trabajadores como instancia legítima en la lucha contra los monopolios y los oligopolios. El neoliberalismo surge como respuesta a la crisis de la década de 1970, con la explosión del precio del petróleo. No obstante, la primera reforma impositiva en los Estados Unidos de posguerra a favor de los ricos, parece haber tenido lugar ya bajo la presidencia de Nixon (Chomsky 1993: 95-96).

Después Reagan y los dos Bush perfeccionaron la obra. No es de extrañar entonces, que no sólo en una región como América Latina, donde la polarización social desde siempre fue enorme, sino también incluso en Estados Unidos, la concentración de la riqueza tome formas cada vez más grotescas.

A pesar de que en los países altamente desarrollados se han reducido todas las regulaciones posibles, no hubo –como Chomsky observa– un considerable incremento de las inversiones productivas. En lugar de eso, aumentaron vertiginosamente las maquinaciones especulativas en la economía. De esto resultaron enormes ventajas para los bancos y corporaciones que operan globalmente, cuyas corrientes de capital podían ahora fluir sin impedimentos ni barreras. Si algo salía mal, siempre se podía confiar en la ayuda del sector público (*bail out*). Libres de instancias de regulación y control, los mercados de capital experimentaron un auge inédito. Al mismo tiempo aumentaron enormemente sus posibilidades de mover dinero debido al río de petrodólares después de los aumentos de precio del crudo en 1973 y 1979 y gracias a la revolución incipiente en la tecnología de las comunicaciones.

Bajo el dictado de los neoliberales, la lógica tradicional quedó patas para arriba. La desocupación creciente, afirmaban ellos, sería atribuible a la exagerada protección laboral y a una política ocupacional mal orientada de algunos gobiernos. El excesivo empobrecimiento sería una consecuencia de los intentos de distribuir con mayor justicia las rentas nacionales con ayuda de una mayor imposición a los grupos opulentos. Debido a eso se neutralizarían decisivos incentivos de inversión, lo que conduciría a una merma de la actividad económica y, en consecuencia, a mayor desocupación. El complejo problema del subdesarrollo sería el resultado de las políticas de intervención estatales, que sólo impedirían el despliegue de la iniciativa privada. Y después el desatino central, reconocido y denunciado por el financista George Soros (Jenkins 2000; 174): Si una regulación del mercado es (supuestamente) el remedio equivocado, de acuerdo con la lógica neoliberal, los mercados desregulados deberían ser perfectos.

Para remediar todas estos “inconvenientes”, el neoliberalismo solicitó un cambio radical. El capitalismo debía volver a sus orígenes (al capitalismo de Manchester), orientarse únicamente hacia la maximización de las utilidades, imponer un reconocimiento ilimitado a la propiedad privada en los medios de producción y, además, nadie debía preocuparse por la existencia de monopolios empresariales.

Pero por sobre todo, se aferraron rígidamente a los dogmas medulares del “libre mercado”. De acuerdo con ellos, un producto o un servicio sólo puede ser vendido a un determinado precio, cuando el comprador esté conforme con él. Este axioma ha demostrado ser falso una y otra vez, sobre todo en amplias regiones del Tercer Mundo. La cuestión del poder no está tomada en cuenta aquí en ninguna de sus formas. Pequeños campesinos e indigentes, también personas que viven bajo dependencia extrema (por ejemplo, la esclavitud por deuda), no pueden hacer otra cosa más que aceptar el dictado “del mercado”, es decir, del vendedor mucho más poderoso (o de otro comprador, o sea, de un intermediario o transportista). Un indio que en los Andes peruanos posee un par de vacas y entrega diariamente la leche a Nestlé, debe someterse a la imposición de precios de la corporación transnacional, aun cuando

eso lo perjudique notablemente. Considerarlo a él como miembro participante en un mercado libre donde oferta y demanda se sostengan en equilibrio, no es otra cosa que una vil patraña.

Seguramente también los liberales más tradicionales creen en las fuerzas auto-reguladoras de la “mano invisible”. Pero por lo menos las relativizan. Por eso sostienen la convicción de que se necesitan intervenciones complementarias en el mercado, acciones correctoras, justamente determinadas regulaciones para mantener al mercado dentro de ciertos límites. Los neoliberales, por el contrario, ejercen un totalitarismo mercantil... Cuando el mercado fracasa: ¡Más mercado! El fracaso nunca puede ser atribuido al mercado mismo (Hinkelammert 1999: 144).

Aquel que se atreva a poner en duda semejante lógica y semejantes dogmas es desterrado al “Reino del Mal”. Un “Reino de la Insensatez” que alimenta utopías, solicita salarios mínimos, distribuye ingresos a favor de las clases sociales más bajas, promueve políticas activas de ocupación, quiere reactivar la defensa del medioambiente y de los programas sociales. Un argumento de los neoliberales escuchado una y otra vez contra estas “Fuerzas del Mal” expresa (desde los días de Margaret Thatcher): TINA, There Is No Alternative, no hay – aparentemente– ninguna alternativa al orden neoliberal mundialmente establecido. Con pretensiones absolutas, ciertamente totalitarias sobre la propia filosofía salvadora, cualquier intento de concebir un orden económico y social alternativo, debe ser cercenado de raíz.

### **Polarización: característica constitutiva del capitalismo**

La distribución del bienestar, cada vez más unilateral e injusta –y también de las posibilidades de llevar una vida de determinación individual– constituye el sustrato originario de las tensiones sociales en aumento en el seno de la mayoría de las naciones. Tanto entre las clases de una misma e idéntica sociedad, como también entre el Norte y el Sur (en el sentido de regiones desarrolladas y subdesarrolladas), esta polarización avanza cada vez más. El despilfarro de medios financieros gigantescos por un lado, donde pérdidas descomunales de bancos y corporaciones –en gran medida por culpa propia– deben ser “compensadas” para que todo el sistema no se derrumbe y, por otro lado, agujeros en el presupuesto público cada vez más grandes y dificultades crecientes para financiar programas sociales y obras de infraestructura apremiantes, generan enojo y furor en la población de muchos países.

Como se desprende de informes de la OECD (NZZ, 22.10.2008), entre 1985 y 2005 la tijera también se abrió cada vez más en varios países miembros de la Organización, o sea, en naciones altamente desarrolladas. Esta amenazante polarización no es producto de una lamentable casualidad. Tal como manifiesta el científico social egipcio Samir Amin, es una característica inherente al capitalismo, inextirpable sobre todo ahora, en tiempos de la globalización (Amim 2003: 28, 35).

De cara al complejo fenómeno de las tendencias a la polarización en el capitalismo, uno podría preguntarse si todavía tiene sentido hablar de un Primer y Tercer Mundo y contraponer Norte y Sur. Sería más correcto reconocer centros (de la riqueza) que se encuentran en todas partes, también en el Hemisferio Sur, y que tienen las características de enclaves que excluyen las debilidades económicas, sociales y políticas. Guetos de ricos tales existen en todas las grandes ciudades de América Latina en cantidades crecientes, también en muchas ciudades de

provincia y lugares donde puntualmente se obtienen y se apropian para sí considerables excedentes de la producción agropecuaria, agroindustrial y minera. Alrededor de estos enclaves, islas y guetos, la pobreza y el atraso proliferan, dejando a enormes masas populares atrapadas en ellos. En el debate sociológico y de las ciencias políticas, estas zonas son identificadas como “periferias”.

Dos politólogos norteamericanos (Skidmore et al 2001: 410-413) destacan la importancia del sistema educativo en el caso de América Latina. La educación en esta parte del mundo, afirman, se orienta innecesariamente hacia las demandas de las élites de manera cada vez más fuerte. En este proceso, la clase media es desgastada y debe renunciar a muchas de sus conquistas para poder sobrevivir. También las clases más bajas habrían perdido mucho terreno. Los ganadores de esta política social mal orientada, que descansa sobre la creciente privatización de la enseñanza, serían los nuevos ricos, que saben poner al gobierno a su servicio y corromperlo sin dejar huellas.

En la teoría del neoliberalismo, pero también según algunos viejos liberales, la riqueza, en realidad, debía desbordarse desde los centros hacia las periferias y fluir hacia abajo por la pirámide social (*trickle down*). De esta manera también las capas sociales medias y bajas tendrían participación en las ganancias capitalistas producidas. En algunos casos este efecto derrame puede funcionar. Pero muchas experiencias demuestran –no sólo en países subdesarrollados, sino también en países ricos– que una dispersión semejante de la riqueza tiene lugar muy rara vez o en una medida muy insuficiente.

Una demostración impresionante de este hecho parece presentar Nueva Zelanda, un país del Hemisferio Sur, pero que pertenece al grupo de países desarrollados. En la década de 1990 gobernaron allí políticos que se ajustaron exactamente a las reglas del neoliberalismo y llevaron a cabo numerosas privatizaciones. Hoy la gran mayoría de la población juzga aquel experimento como un fracaso. Habría hecho tambalear a la sociedad neozelandesa hasta sus cimientos y “del derrame del bienestar no se percibió nada” (NZZ Folio Setiembre 2006: 32, 38-40). Después de algunos años el Partido Laborista volvió al poder, gracias a un claro triunfo electoral de Helen Clark como Primer Ministro. Los excesos neoliberales fueron corregidos rápidamente y se decidió un aumento de tasa impositiva para los ingresos más altos. De esta manera, pudieron llevarse a cabo importantes planes sociales, que el gobierno anterior había enfriado “por falta de recursos”.

### **La esencia antidemocrática del neoliberalismo**

En el transcurso de los siglos XIX y XX, el capitalismo había permitido la expansión gradual de los derechos sociales, que frenaron, en parte, su propio poder de determinación y mejoraron poco a poco el espacio vital y también la calidad de vida de los trabajadores en relación de dependencia.

El comienzo de estos progresos fue posible –hay que destacarlo– por un representante del propio capitalismo. El fabricante británico Robert Owen compiló en la primera mitad del siglo XIX un catálogo de regulaciones que contemplaban la jornada y protección laboral, la capacitación de los trabajadores y la creación de sindicatos y también de cooperativas (Oehlke en Widerspruch 2006a: 68-71). Algunas décadas más tarde, la legislación social de Bismarck

permitió relaciones más justas en la sociedad alemana – una política, que fue imitada en muchos otros países y ampliada en algunos casos. Gracias a las luchas de las organizaciones sindicales, pero más tarde también gracias a los esfuerzos de instancias multilaterales como las diferentes organizaciones especiales de la ONU y, a menudo, en contra de la resistencia de la clase empresaria, los trabajadores pudieron conquistar más derechos en tiempos más cercanos. Especialmente en los países escandinavos, este código alcanzó una densidad notable y una sólida estructura.

Que los capitalistas hayan aceptado que el capital debe incluir cierto grado de compromiso social, debe atribuirse a la disposición para la lucha del fortalecido movimiento obrero, a la situación de competencia con el régimen soviético, a la experiencia de la catástrofe del liberalismo en el año 1929 e inmediatamente después, pero no en último término, al interés del gran capital en un fortalecimiento del poder adquisitivo de las masas. Además la explotación de la Naturaleza –aparentemente sin costos– proporcionó a los capitalistas mucha libertad para acelerar el crecimiento económico, de modo tal que pudieron admitir ciertas concesiones a la clase obrera (Duchrow et al 2005: 111-117).

Este pacto no escrito se canceló al colapsar el dominio comunista y en el transcurso del proceso de globalización. La productividad ahora aumenta cada vez más, es decir, se eliminan cada vez más puestos de trabajo con el reemplazo por robots e instalaciones automatizadas. La maximización de las utilidades vuelve a regir como Ley Suprema. Algunas empresas ya no producen nada, sólo proveen la marca y el diseño. La desocupación que surge por el constante aumento de la productividad es utilizada para bajar los salarios y empeorar las condiciones de trabajo. Cada vez más personas quedan excluidas del proceso de crecimiento. Al mismo tiempo, se desarrolla una competencia salvaje entre las empresas por fusiones, adquisiciones y todo tipo de negocio especulativo.

La economía globalizada pone bajo gran presión a los gobiernos nacionales cuando las empresas amenazan retirarse, forzando quitas impositivas y subvenciones, así como rebajas o exenciones de impuestos. La evasión fiscal por manipulaciones de precios entre filiales de empresas transnacionales es moneda corriente, también en los países industriales. El Estado, en lugar de imponer sus derechos, actúa a menudo en complicidad. En vez de combatir la evasión fiscal, ésta se compensa con una reducción de los servicios sociales y se financia con endeudamiento público – un mecanismo que le permite al gran capital percibir utilidades adicionales. Doble ganancia para los beneficiarios: evasión fiscal más lucro por intereses.

La privatización de empresas estatales y prestaciones públicas, por regla general, se realiza siguiendo el principio: ¡únicamente los bocados más apetecible! Si alguna de estas empresas llegara a acumular montañas de deuda después de algunos años, el Estado se hará cargo nuevamente (doble pérdida sobre las espaldas de la comunidad). Resumiendo: Las ganancias se privatizan, las pérdidas se socializan. Y en ambos casos, siempre que sea posible, con múltiples beneficios para los grupos de poder privados.

De acuerdo a Duchrow y Hinkelammert (op.cit.: 117), otras consecuencias visibles de esta política de depredación neoliberal son: una concentración cada vez más extrema del capital, el debilitamiento de los trabajadores, la exclusión de millones de personas, la destrucción de las bases naturales para la vida a través de su transformación en propiedad privada que acumula

capital, y la transmutación del Estado de una estructura abocada al bien común a un instrumento de los intereses del capital privado. Por su parte, Martí descubre que en este proceso funesto los criterios de democracia que rigen para los ciudadanos son (en el mejor de los casos, R.R.) los de igualdad jurídica y política, no así los de igualdad social y económica. Y esto a pesar de que la experiencia enseñaría probadamente, que la desigualdad social y económica puede destruir la igualdad jurídica y política tan pronto como supere cierta medida (Martí 2006: 217).

Paralelamente a la aceleración del proceso de concentración a través de la fusión de corporaciones a conglomerados económicos cada vez más enormes y poderosos, se produce una desintegración de las instituciones democráticas, las estructuras sociales y la seguridad tanto individual como pública. La democracia deviene en un teatro de títeres donde la libertad se convierte en su contrario: miles de millones de personas son transformadas en consumidores tutelados para que la acumulación del capital pueda continuarse a favor de una minoría cada vez más rica.

La democracia sólo puede funcionar, sin embargo, tal como subraya el filósofo norteamericano John Rawls, cuando todos los miembros de una sociedad poseen idénticos derechos políticos y con el mismo alcance. Sus libertades están amenazadas, cuando aquellos que disponen de mayores medios privados, se asientan en las diferentes fuentes informativas (periódicos, radio, televisión, universidades) para influir decisivamente en la discusión pública y poder dirigir al sistema educativo por los carriles que ellos desean (op.cit.: 215). Esta tendencia es justamente observable desde hace algunas décadas en todo el mundo.

The Wall Street Journal, el periódico de cabecera de los capitanes de la economía, intenta de manera consciente dirigirse únicamente a los miembros de las élites económicas, políticas e intelectuales. Para el pueblo alcanza con el entretenimiento televisivo y las publicaciones gratuitas. Berman aporta datos y ejemplos increíbles y estremecedores sobre el embrutecimiento de la opinión pública en los Estados Unidos (Berman 2002: 52). Cuando corporaciones tan gigantescas como Time Warner, Hearst, Paramount, Murdoch o Bertelsmann sólo ambicionan elevar cada vez más su tasa de ganancia y aumentar la expansión de su grupo, “el derrumbe del discurso intelectual se puede dar por hecho” (op.cit.: p.69). Entonces el “espíritu” del siglo XXI para miles de millones de personas podría llegar a ser un híbrido curioso entre Walt Disney y Bill Gates... “un mundo de infinito disparate comercial mediante el cual sólo se tapa un profundo vacío fundamental, una especie de asma mental” (op.cit.: p.75-76).

El Relator especial de la ONU para el Derecho a la Alimentación y asesor en Derechos Humanos, Jean Ziegler ha descubierto otro componente más en este proceso que él describe como un regreso paulatino de la sociedad mundial a la época feudal: cada corporación transnacional organizaría no sólo su propio ministerio de propaganda, sino también sus propios servicios de espionaje y contraespionaje. Estos servicios de inteligencia estarían activos en los cinco continentes, ávidos sobre todo, por infiltrarse en las grandes organizaciones especiales de la ONU. Las multinacionales de la industria farmacéutica parecieron interesarse de manera especialmente intensa por los debates y resoluciones en el seno de la Organización Mundial de la Salud (OMS) (Ziegler 2008: 242).

En nuestros tiempos, dominados por los intereses del gran capital, la manipulación de la información –y con ella también la de los ciudadanos– parece volverse más y más un sobreentendido. Hoy en día, a menudo las estadísticas económicas se maquillan de manera desvergonzada, sus bases y fundamentos se cambian tan pronto como los círculos dominantes en la política lo demanden y, en caso de que los datos correspondientes todavía produzcan escándalo, se ofrecen a la opinión pública de manera tan desmenuzada o demorada, que se vuelven casi incomprensibles.

Entretanto estos manejos son denunciados por políticos de todas las tendencias, desde Sahra Wagenknecht, diputada de la izquierda alemana en el Parlamento Europeo (jW, 15.11.2008), que condena semejante acrobacia financiera como “patraña”, “tomadura de pelo” y “locura con método”, hasta su compatriota, el economista liberal Max Otte. Según el mencionado autor (2008: 147-148, Subtítulo: “Así se miente con estadística”) los datos que se ocupan especialmente de inflación, circulante, desocupación y crecimiento económico son los más propensos a sufrir trapazas de este tipo. Ahí “se trampea con vigor” (Otte) o, por ejemplo, “una recesión se borra con cálculo” simplemente (Wagenknecht).

### **El capital pide ayuda al Estado**

Los especuladores se equivocaron a fondo al hacer las cuentas. El mundo está ante una montaña de escombros. El crac es un hecho. 2007, 2008, 2009... En esta situación de emergencia, el Estado debe pues intervenir. El descaro de los responsables de esta crisis no conoce límites: sin acciones de salvataje, sin programas para una rápida reactivación de la economía que se encuentra postrada por el piso, se dice, todo el sistema financiero y económico podría derrumbarse. Conque toda la sociedad debe agachar el lomo para que bancos destartalados y corporaciones ruinosas puedan salir del pantano. El as de espadas TINA (There Is No Alternative) se extrae de la manga. Desesperanza, miedo y, en consecuencia, disponibilidad para aceptar sin objeción cualquier “solución” que los círculos dominantes presenten, se extienden como una marea negra debido a la influencia masiva de los medios.

Bajo la presión de la crisis de los mercados financieros, se perciben tonos desusados desde los Estados Unidos, informó una publicación alemana. “En el país modelo del capitalismo de pronto se estatizan empresas y se atan paquetes de coyuntura, el grito por ‘regulación’ se vuelve más fuerte.” (Spiegel Online, 18.09.2008) Casi al mismo tiempo, un profesor de economía de Londres escribió en el Financial Times que en el Viejo Mundo muchos no dieron crédito a sus ojos. Cuando él leyó la noticia sobre la inyección de casi 200 mil millones de dólares para el consorcio asegurador norteamericano AIG, tuvo ganas de irse a la cama. Pensó que se trataba de un sueño.

De casi todos los costados sonó, en efecto, el grito por un control más estricto de la economía financiera. El Parlamento Europeo se pronunció por una vigilancia mejor de los fondos de inversión libre y de Private Equity (o de Capital Privado). La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OECD) diagnosticó un grave fracaso de regulación. Reformas para un mejor control y vigilancia sobre los mercados financieros y de capital debían ser puestas en práctica de inmediato. El Fondo Monetario Internacional (FMI) exhortó entretanto a los países industrializados a implementar planes de rescate para estabilizar los



conmocionados mercados financieros, siguiendo el ejemplo de Estados Unidos... Pero apenas fueron perceptibles los síntomas de una cierta distensión en la situación y de una reanimación en las Bolsas, la mayoría de las advertencias fueron barridas por el viento. También el debate sobre los pagos monstruosos en concepto de bonos se desinfló sensiblemente.

¿Cómo debía entenderse pues el pedido de ayuda dirigido al Estado? Los gerentes y ejecutivos de grandes empresas que habían escorado peligrosamente, ¿ofrecieron acaso voluntariamente una mano para las estatizaciones, hecho que hubiera podido ser comprendido por todo el mundo como un fracaso de la iniciativa privada? ¿Reconocieron su error al menos a media voz y la necesidad de un Estado fuerte en medio de la tormenta? ¿Habría podido esperarse un gesto de agradecimiento a los contribuyentes, cuyos dineros fluyen ahora en anchas y caudalosas corrientes hacia bancos y empresas arruinados para taponar los muchos agujeros que allí se habían abierto de pronto? Los contribuyentes, las verdaderas víctimas de la crisis, ¿podrían al menos tener la esperanza de que en el futuro se les conceda un derecho a (mayor) participación y cogestión?

Tal como resume el obispo anglicano David Jenkins, es un hecho cierto que el mercado no cumplió con tres de sus promesas de importancia fundamental: bienestar para todos, libertad para todos y crecimiento constante (Jenkins 2000:213). El argumento siempre recurrente de que el mercado reparte los recursos mejor que nadie, ha sido desmentido muchas veces por resultados demoledores, concretos y categóricos a través de casos como los de Enron, Citicorp UBS, Northern Rock, Société Générale, Banco Provincial de Sajonia, etc., anteriormente también con el affaire Baring. Miles de millones de dólares y euros se hicieron humo en la crisis que se desató a mediados de 2007. Ningún ministerio soviético jamás habría sido “capaz” de producir semejantes pérdidas.

Y sin embargo: Apenas se hicieron visibles algunos signos de recuperación económica – algunos primeros pasos inseguros y medrosos para salir de un agujero profundo–, numerosos capitanes de la economía y sus aparatos mediáticos subordinados exhibieron su arrogancia. Volvieron a la vida prácticas especulativas bien conocidas, la danza de los billones podía volver a empezar.

A pesar de que había quedado demostrado que el mercado no distribuye precisamente los recursos “por sí mismo espontáneamente” o “de forma óptima y automática”. Que más bien cada decisión empresaria y financiera es tomada por un individuo o un grupo de personas, que todas ellas pueden equivocarse y que, tal como se ha visto, en realidad, incurrir con frecuencia en crasos errores. Hasta se podría llegar a decir, que un agente privado de mercado es tan propenso a tomar decisiones equivocadas como un funcionario en un Estado socialista responsable de decidir sobre la planificación económica. Por lo demás, parece casi no haber diferencias cuantitativas ni cualitativas entre la burocracia de un ministerio soviético y la de una corporación transnacional. En ambos el gigantismo crea innumerables problemas, en ambos el nepotismo y el clientelismo están enraizados profundamente.

A pesar de que la iniciativa privada, que ya dominaba amplios sectores de la economía mundial a partir de 1990, dejó su marca en la grave crisis estructural de comienzos del siglo XXI, casi no se percibió ningún esfuerzo por realizar reformas estructurales profundas en la economía y en el sistema financiero. Los capitalistas líderes, sus empresas y asociaciones

parecieron aceptar la masiva ayuda del Estado como algo sobreentendido. Y es que fue así. Porque el Estado, cuyo apoyo exigieron, es un Estado capitalista. Un aparato estatal destinado a estar al servicio del capital privado. Sobre todo cuando las papas queman y la catástrofe amenaza.

Tal como proclama un adepto “al orden económico natural” (Onken 1999: 64), puede que el capitalismo moderno haya demostrado estar muy por encima del comunismo. Pero, tal como el mismo autor señala: las injusticias sociales que van unidas a él, su carencia de paz interna y su agresividad frente al Tercer Mundo y a la Naturaleza demuestran que no puede ser una forma eterna valedera de ordenamiento de la convivencia humana. Tanto más necesario sería el desarrollo de una libre alternativa a la adulterada economía de mercado capitalista y a las teorías neoclásicas y keynesianas de la economía.

En todas las ramas científicas, creo yo en coincidencia con Duchrow (en: Giegold 2008: 115, 117), muchos han comprendido que es necesario –y también posible– un cambio fundamental en la comprensión del mundo, de la sociedad y del Hombre. El capitalismo neoliberal, que desde la década de 1970 ha desplazado la economía de mercado social con su Estado de bienestar, concibe en todo el orbe una única lógica y un único objetivo: la multiplicación del capital propio mediante la maximización de las utilidades. Con ello, los seres humanos son apremiados en todos los niveles hacia un combate competitivo sin cuartel, en el cual ellos son sólo un “factor de costos” debiendo cumplir con su destino de consumidores. Este sistema social es inhumano y obsoleto. Debe ser superado.